

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

LIBROS

Aranguren cara al futuro

Desconozco cuál es el papel inequívocamente aconsejable que un pensador debiera desempeñar en el mundo de hoy: compromiso, expectación, consejo, militancia... Quizá lo preferible sea esa triple condición que Joyce propuso para su artista adolescente: silencio, destierro y astucia. En cualquier caso, quien no pertenece a una escuela ni a un partido, es decir, quien quiere moverse por sí mismo y no simplemente subirse a algo en marcha, se hallará malagusto entre los otros y ante sí mismo. ¿Se ha pensado alguna vez hasta qué punto las virtudes privadas del intelecto son vicios públicos? Sólo se discute lo aceptado o impuesto si se es impio; sólo se duda si se es inestable, si se está resquebrajado; sólo se es tolerante si se es indiferente al otro, egocéntrico; sólo se ve lo esencial si se está hastiado, desentendiado de la salvación del mundo y de la propia; sólo se evoluciona si se es infiel... Las personas estables, de convicciones firmes, preocupadas por la opinión pública y su mejora, atareadas en la salvación del mundo y en el buen cuidado de los propios asuntos, fieles a la enseñanza de sus maestros y a la fraternidad de su generación, las personas recomendables, en suma, serán siempre de una aplastante vulgaridad intelectual, cuando no simplemente nulas para el pensamiento. La lucidez es una enfermedad de la que no es fácil reponerse una vez que se ha contraído, pero que, al menos, no es contagiosa... No es fácil, co-

mo se verá por estas reflexiones, saber dónde debe colocarse ese extraño ciudadano que, mientras piensa, va rompiendo sus carnes.

La figura pública de José Luis Aranguren es, en este aspecto, sintomática. Parodiando el título de aquel excelente cortometraje de Drove, podríamos preguntarnos: «¿Qué se puede hacer con Aranguren?»; desconfiemos de todos los que se apresuren a respondernos de modo tajante. A partir de su expulsión de la cátedra, junto con García Calvo y Tierno Galván, su nombre ha pasado a ser símbolo admirado o aborrecido de muchas cosas contradictorias; se habla de él como si fuera muchos, lo cual es un excelente indicio de su buena salud intelectual. De vez en cuando surgen los mordiscos feroces, como en dos casos recientes. El primero de ellos, la pamema satírica de un fabricante de «best-sellers» a escala nacional, de esos que van para chachal y se quedan en palomino; el segundo —de mayor envergadura, ya que no se trata de un simple libelo derechista—, una polémica en las páginas de «La Vanguardia» entre Aranguren y un sedicente Juan del Agua, nombre que parece encubrir el de alguna personalidad destacada del discípulo de Ortega. El tema de la polémica son los reproches de Juan del Agua a la supuestamente indecorosa presura de Aranguren en subirse al tren de los jóvenes y de sus nuevas formas de pensar; el señor Del Agua le reprocha sus críticas blasfemas a Ortega, su alejamiento o repudio de las formas culturales de oposición serias y liberales, «las de toda la vida», vamos...; de vez en cuando, el señor Del Agua se enreda, como cuando Aranguren calificaba de «creencia en una ortodoxia» a la teoría de las generaciones, donde él responde que la tal teoría es «rigurosa teoría de la articulación de la Historia» (¡sic!).

Aranguren es, en resumen, infiel, oportunista y traidor: es decir, que evoluciona intelectualmente.

En la «Historia de la filosofía», de Julián Marías, pintoresco manual que gozó de cierta popularidad en los intelectualmente empobrecidos años de la posguerra, se montaba una «Escuela de Madrid» de urgencia en la traza de Ortega, en la que se avecinaban Garagarri, Ferrater Mora y el propio Aranguren, entre otros no menos diversos. Pues bien: tan estúpido sería negar la influencia magistral de Ortega en esos pensadores, como confinarlos a repetir la lección aprendida, a renunciar a su sentido crítico y a embrutecerse en tareas de escolasta, o a pare-



cerse los unos a los otros, so pena de alta traición. Es lástima que un gran promotor intelectual como Ortega, que tanto hizo para posibilitar un estilo filosófico en castellano, se viera convertido en multa de quienes nacieron discípulos, y ni mejoran con los años ni cesan de reprochar a los demás el no serlo.

En casi todos los textos de Aranguren es perceptible una constante vocación crítica, inencontrable en los de un Marías, por ejemplo; crítica de ideas, de costumbres, de posturas religiosas o políticas: en último término, autocrítica, refutación del yo viejo, envasamiento del pensar en lo cambiante de la vida propia y, por

tanto, sensibilidad a los cambios que la vida puede aportar al pensar. ¿Debió haber sido Aranguren impermeable a los acontecimientos del pronunciamiento estudiantil en las Universidades, intelectualmente apasionantes (y no sólo, como creen algunos, «utilizables» políticamente)? En este sentido, Aranguren es fiel: pues cambiar, evolucionar, desmentirse, es la fidelidad del espíritu crítico.

Estas reflexiones pueden ilustrarse bien con el último libro de Aranguren (1). Recoge en él diversas comunicaciones, ponencias, conferencias y artículos, que tienen como centro común la relación entre la moral tradicional y las nuevas morales o «contramoras» —como él las llama—, que los fenómenos sociales o políticos de la actualidad provocan; entre estos fenómenos se dan cita temas de tanta presencia pública como la ecología, la tecnología, la comunicación y los «mass media», los actuales problemas de la educación, etcétera. Para Aranguren, la opción moral es la posibilidad real y eficaz de hacer juicios valorativos sobre el contexto del mundo que hoy sufrimos; lo que le apasiona de la ética es su dimensión práctica. Cuando se enfrenta con el viejo tema del fundamento de la moral, descarta las respuestas absolutas o sistemáticas, y elige más bien las formas abiertas frente a las cerradas, las tentativas y críticas frente a las inmutablemente dogmáticas. En cualquier caso, su preocupación fundamental es la proyección hacia el futuro de las posturas éticas, sus capacidades de preverlo y prefigurarlo. Frente al inquietante reto del futuro, sólo las morales más díciles y creativas tienen un papel que desempeñar, a no ser que deban triunfar las formas totalitarias de tecnocracia, que sin gran esfuerzo se vislumbran en ascenso.

(1) «Moralidades de hoy y de mañana». J. L. Aranguren. Taurus Ediciones.

No creo que Aranguren haya variado fundamentalmente sus preocupaciones desde «Ética y política» hasta este libro; las modificaciones de su pensamiento se deben a una constante y exigente reflexión crítica sobre sus inquietudes de siempre, no a un abandono de éstas. La posición del hombre ético en la sociedad sigue siendo su cuestión primordial. Y lo cierto es que hay que tener mucha moral para seguir hablando de moral, a pesar de todo lo que sabemos y padecemos. Yo, la verdad, sería incapaz.

En diversos lugares de la obra dice Aranguren que la juventud comienza a rebelarse contra el ideal de «materialismo hedonista» —la ideología del bienestar— que la sociedad tecnocrática propone. Creo que es muy necesario hacer aquí algunas precisiones. No sé si los jóvenes se rebelan contra algo; la inmensa mayoría, desde luego, no. Pero si se rebelan, espero que no sea contra el materialismo hedonista, que es una de las pocas teorías sensatas de la vida que se conocen, sino contra su absoluta imposibilidad en el mundo actual. El bienestar propuesto por el orden establecido es puro espectáculo, el fantasma de una dicha perdida pregonada publicitariamente en beneficio del mantenimiento de todo aquello que la hace imposible. ¿Qué hedonista disfrutará con la descripción de alimentos que acompaña la carta de los restaurantes americanizados, si conoce la progresiva degradación y «standardización» de los elementos que componen los platos? ¿Disfrutará el hedonista con la destrucción del medio natural, el avasallamiento de la publicidad cretinizadora, el creciente control de los medios de expresión, la neurótica obsesión por la productividad y el apresuramiento insostenible de la vida, la amenaza nuclear, la intimidación amenazada por la escalada del espionaje

electrónico, las ideologías comerciales que impiden afrontar seriamente el problema del sexo o de las drogas, etc. etc.? La rebelión, si la hay, surgirá de la contradicción entre el bienestar sentido y el bienestar pregonado, así como del reconocimiento de las causas —políticas, económicas...— que la provocan.

Otro libro de Aranguren: refrendo de una presencia en lo más vivo y conflictivo del actual pensamiento español. Permanencia en el debate y la crítica de quien prefirió la agonía de la contradicción a la serenidad castrada del académico o del epigono. ■ FERNANDO SÁVATER.

Un texto básico sobre conservación

La «crisis ecológica» que atraviesa nuestro pequeño —y único— planeta es una realidad incontestable, fácilmente comprensible por cualquier persona consciente. Tan sólo para servir a míopes y personales intereses económicos a corto plazo se la niega o se le resta importancia. En la actualidad, nadie mínimamente preocupado puede, honestamente, ignorar la compleja problemática ambiental que constituye el mayor reto que nunca se opuso a la supervivencia de la especie humana y, por tanto, el más potente estímulo de cambio que hoy solicita a la Humanidad. Parece indudable que en un futuro próximo, más cercano de lo que comúnmente se cree, el hombre deberá optar entre replantearse integralmente su modo de vida o extinguirse.

Lógicamente, un peligro de tal calibre no ha tardado en hacer impacto en la opinión pública. Términos como ecología y contaminación («polución») pertenecen ya al vocabulario popular. En muy pocos años hemos asistido en nuestro país al nacimiento de una fuerte preocupa-